

analizar la fuerza de los gases convendría sin duda al «sociólogo». Luego es justamente esta definición estrecha del historiador la que rechaza Maravall. Él reivindica el derecho y el deber del historiador de decirse (y de quererse) un «sociólogo». Puede que incluso sea el único investigador apto para fundar una «sociología». Porque ¿puede imaginarse una «sociología» que no considere las sociedades *en su desenvolvimiento*?

Una cuestión se plantea, es verdad: un análisis retrospectivo de la materia social ¿es posible? Maravall señala que Wilhelm Bauer, comentador modesto, prudente (y positivista) de la tarea de los historiadores, parece en un principio definir y limitar aquélla al establecimiento de hechos particulares, individuales, pero añade enseguida que *los fenómenos colectivos son infinitamente más accesibles que los hechos individuales a la explicación causal*. Es lo que he observado recientemente, a propósito de un hermoso libro de historia sobre la Cataluña de la Alta Edad Media: las controversias sobre la fecha de una batalla o los avatares de una dinastía duran siglos y no se resuelven, mientras que analizamos perfectamente, por los documentos jurídicos y privados, *cómo se constituye una sociedad feudal*. ¡Y ello es, con todo, lo más importante!

A la elección que he hecho de la *Teoría del saber histórico* para fundar el homenaje que desearía dar a la memoria de José Antonio Maravall, se hará quizás una objeción: la obra es antigua, muchas cosas han pasado desde 1958 en el dominio de la epistemología histórica. ¿Qué pensaba Maravall de una obra ya treinta años, después de una larga carrera de historiador y de *político* a la vez?

Esto, amigos más próximos que yo a Maravall lo dirán sin duda. Pero yo no estoy muy inquieto en cuanto a los progresos que se podrían atribuir a la epistemología histórica desde 1958. Sin duda, ha conocido variaciones, e incluso varios cambios profundos. Paul Veyne, excelente sociólogo del evergetismo antiguo, nos ha explicado pronto que *la intriga* es el verdadero terreno donde se puede ejercitar el historiador. Paul Ricoeur que, en *Historia y verdad*, había concedido a la Historia la esencial de las características de una «ciencia», ha vuelto, hacia 1980, a la definición de la Historia como *relato*. Habermas, sin rechazar claramente la parte de marxismo incluida en la herencia de la Escuela de Francfort, señala una preferencia sin equívoco por Max Weber. En fin, una escuela anglosajona neopositivista, tradicional en Inglaterra y que se toma como innovadora en los Estados Unidos, declara la guerra a toda interpretación socioeconómica de las revoluciones, comprendidas las de 1789 en Francia y la de 1910 en México. Se nos invita a considerarlas como puras querellas ideológicas, asumidas por formaciones políticas, que se dividen enseguida y se destrozan a cual mejor. La aceptación de esta visión en Francia, en ocasión del bicentenario de 1789, domina la actualidad historiográfica parisiense bajo los auspicios de un Instituto Raymond Aron. Y esto es lo que me permite, evocando aquí la reflexión epistemológica de Maravall, retomar mi vieja disputa con Raymond Aron sin tener la impresión de volver a la prehistoria ¡Estamos en plena «actualidad»!

En el intervalo —que nadie se inquiete o se divierta— hemos tenido, es verdad, lo que podría llamarse *el intermedio Marx*, esos años sesenta y setenta donde no se podía, de un lado a otro del mundo, entrar en una universidad, incluso católica, sin tropezarse con multitud de estudiantes pesadamente cargados de al menos tres tomos de *El capital* y de al menos dos libritos de Althusser. Era el momento cuando grupos muy agitados de

estudiantes de Salamanca me reprochaban vivamente no estar bastante de acuerdo con Poulantzas. Sin duda sus sucesores me tratarían hoy de marxista retrasado o «superado».

Ahora bien, constato que Maravall, antes que Marx estuviera de moda, e incluso cuando estaba un poco en el infierno, concedía una atención matizada a algunas de sus sugerencias mayores:

La revelación explosiva del condicionamiento de la observación por la posición dada del observador fue hecha por Marx, aunque en forma parcial, como un instrumento de la lucha política del proletariado contra la burguesía, en la que a ésta se la presentaba como mantenedora de seudoverdades derivadas de su posición ideológica. Y ha sido la crítica del marxismo en su teoría de la ideología la que ha replanteado en términos totalmente nuevos este problema general de la objetividad: según esto, el conocimiento se alcanza siempre dentro de un horizonte que la posición de que se parte permite contemplar. Pero no es esta una conclusión que afecte sólo a la burguesía en una situación histórica dada, sino a todo observador de la sociedad y de la Historia, y además este condicionamiento no invalida las conclusiones alcanzadas, las cuales son válidas dentro de la situación. (*Teoría del saber histórico*, pp. 126-127).

Y este análisis *sobre los textos y por época* de las «ideologías dominantes» será, en efecto, uno de los grandes fundamentos de la obra historiográfica de Maravall.

Otra alusión a Marx, sobre la noción de «estructura» (*ibidem*, p. 178, n. 37 bis.) «Mi inteligente amigo Francisco Fernández Santos me objeta no dar el suficiente relieve al concepto de estructura en Marx en estas páginas. Tal vez tenga razón. Pero hay una fundamental diferencia entre lo que el marxismo llama *estructura* como una condición de la realidad y lo que nosotros... entendemos bajo este mismo término: una construcción mental con la que intentamos captar cognoscitivamente el conjunto histórico que observamos...»

Aquí está muy exactamente lo que sostendrá pronto Althusser: la «estructura», para él, es un *objeto teórico* —exactamente como la «estructura de la materia» para el sabio. Sería muy interesante comparar fecha por fecha los conceptos epistemológicos de Maravall y los de Althusser. Pero de lo que se puede estar seguro, es que los de Maravall están sin cesar confrontados a una *experiencia de historiador*. Es por lo que, cuando trata de sustituir la «relación funcional» por la «relación casual», el ejemplo tomado suena como una crítica, si no del mismo Weber, al menos de los que le han comprendido mal o simplificado:

No podemos, por ejemplo, asegurar que a la ética calvinista haya que atribuirle una economía capitalista (p. 194).

Conexión, interdependencia. He aquí las palabras-clave.

Señalemos aún algunas fórmulas, de las que por otro lado, a través de Morris R. Cohen, Maravall observa que, de Platón y Aristóteles hasta Marx y Spencer, se podría describir la ascendencia:

Las leyes de las estructuras históricas son enunciados de épocas, esto es, de tiempos concretos (p. 198).

Y aún (*ibidem*, en nota):

No podemos hoy aceptar el conocido consejo de lord Acton: estudiad los problemas, no los períodos. Tampoco cabe hacer lo contrario. No hay período que no se caracterice por su peculiar problematidad, ni hay problema histórico que no constituya un período.

Yo no digo que Lucien Febvre, el hombre de *La historia-problema* y de *Rabelais*, hubiera firmado esta frase. Porque, como he dicho, no le gustaban tanto las formulaciones de la teoría. En cambio, esta formulación moderada conviene perfectamente al pensamiento, a la obra de Febvre.

Quisiera terminar esta rápida revista de los rasgos que Maravall ha fijado de un verdadero saber histórico, citando una página de su librito que me impresiona en particular, porque el problema de los grupos humanos y los vocabularios es para mí desde hace muchos años una preocupación básica (*Teoría*, p. 303).

He aquí un ejemplo de errores en nuestro tiempo: ante la problemática situación al presente de esos entes políticos protagonistas del siglo XIX, que han sido las naciones, hay quienes siguen creyendo que se trata de unos sólidos, inquebrantables, perpetuos entes de la Naturaleza, y en consecuencia, o luchan por mantener esas formas como si nada hubiera cambiado —y hablan de autarquía, de soberanía, etcétera, todas cosas que pertenecen a un pasado desvanecido, perturbando con ello el orden presente o consideran que, siendo entidades tan permanentes, si sufren un deterioro por la propia acción, basta un remiendo físico para que resista su unidad y su compacta estructura. Se puede objetar que lo que haya que saber en esta esfera de cosas habrá que preguntarlo a la Antropología, a la Sociología, a la Ciencia Política. Pero para acabar de entender lo que a estas ciencias sistemáticas hay que preguntar —y estaba por añadir que hasta para entender plenamente lo que nos respondan— es necesario acudir a la Historia, para que nos haga saber lo que históricamente es la nación y toda una compleja red de cosas que de ella deriva —libertad política, pueblo, democracia, ejército nacional, economía nacional... etcétera— Entonces vemos que nación es una forma política que nace en un momento dado y existe dentro tan sólo de un área cultural determinada. Lo que nos hace sospechar que no ha de desenvolverse sin grandes y espinosos problemas su extensión a otras áreas de supuestos históricos muy heterogéneos.

La Historia nos libera, pues, de los errores pasados y también de los presentes en la medida en que dependen de la herencia recibida.

El «saber histórico» —y su papel— no podrían ser mejor definidos.

Pierre Vilar

(Traducción de Fernando Fraga)



Conferencia inaugural del
Congreso Internacional de
Hispanistas. Burdeos,
1974